

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

La
cabellera

Guy de
Maupassant
(1850-1893)

LA CABELLERA

Guy de Maupassant

Las paredes de la celda estaban desnudas, enjalbegadas. Una ventana estrecha y con rejas, colocada a gran altura para que no se pudiera llegar hasta ella, alumbraba aquel cuartito claro y siniestro; y el loco, sentado en una silla de paja, nos miraba con fijeza, con expresión vaga y abstraída. Era muy delgado, con las mejillas hundidas, y se adivinaba que sus blancos cabellos habían encanecido en pocos meses.

Su traje parecía demasiado ancho para sus miembros secos, para su pecho y su vientre hundidos.

Sentíase a aquel hombre destruido, roído por su pensamiento, por un pensamiento, como un fruto por un gusano. Su locura, su idea estaba allí, en su cabeza, obstruida, seductora, devorante. Se comía poco a poco el cuerpo. Ella, la invisible, la impalpable, la inasequible, la inmaterial idea minaba la carne, bebía la sangre, apagaba la vida.

¡Qué misterio representaba aquel hombre asesinado por un ensueño! ¡Apenaba, daba miedo y compasión aquel poseído! ¿Qué sueño extraño, espantoso y mortal habitaba en aquella frente de arrugas profundas, sin cesar en movimiento?

El doctor me dijo:



Tiene accesos de locura terribles; es uno de los dementes más singulares que yo haya visto. Su locura es erótica y macabra. Es una especie de necrófilo. Además, ha escrito su diario, que nos demuestra con la mayor claridad del mundo la enfermedad de su espíritu. Su locura, por decirlo así, es palpable. Si eso le interesa, puede usted leer ese documento.

Seguí al doctor a su despacho, y me entregó el diario de aquel infeliz.

— Lea usted — me dijo — y luego me comunicará su opinión.

He aquí lo que contenía el cuaderno:

"Hasta la edad de treinta y dos años he vivido tranquilo, sin amor. La vida me parecía muy sencilla, muy buena y muy fácil. Era rico. Tenía afición a tantas cosas, que no podía experimentar pasión por nada. ¡Es bueno vivir! Todas las mañanas me despertaba feliz para hacer solamente lo que me gustase, y me acostaba satisfecho, con la esperanza tranquila del día siguiente y de un porvenir sin preocupaciones.

"Había tenido algunos amoríos, sin que jamás sintiera mi corazón enloquecido por el deseo o mi alma marchita después de la posesión. ¡Es muy apacible vivir así! Es mejor amar, pero es terrible. Los que aman como todo el mundo, deben experimentar una ardiente felicidad, acaso menor que la mía,



pues el amor ha venido a sorprenderme de una manera increíble.

"Siendo rico me dedicaba a buscar muebles y objetos antiguos, y a menudo pensaba en las manos desconocidas que habían palpado aquellos objetos, en los ojos que los habían admirado, en los corazones que los habían amado, ¡pues también se tiene cariño a las cosas! A veces permanecía horas enteras mirando un relojito del siglo pasado. ¡Era tan mono, tan bonito, con su esmalte y su oro cincelado! Andaba como en el día que una mujer lo compró, encantada de poseer aquella alhaja. No había cesado de palpar, de vivir con su vida mecánica, continuando su tictac regular durante un siglo entero. ¿Quién había sido la primera en llevar sobre su seno, entre las telas, el corazón del reloj latiendo contra su corazón femenino? ¿Qué manos le habrían tenido entre las yemas de sus dedos algo débiles, volviéndolo, dando la vuelta de nuevo y frotando los pastorcitos de porcelana, empañados en un segundo por el sudor de la piel? ¿Qué ojos habían espiado en aquella esfera la hora esperada, la hora querida, la hora divina?

"¡Cuánto hubiera deseado conocerla, ver a la mujer que había elegido aquel objeto exquisito y raro! ¡Ha muerto! Me domina el deseo de las mujeres de otro tiempo; amo desde lejos a todas las que han amado. La historia de las ternuras pasadas me llena el corazón de sentimiento. ¡Oh! ¡La belleza, las sonrisas, las caricias juveniles, las esperanzas! Todo eso, ¿no debería ser eterno?



"¡Cuánto he llorado durante noches enteras por las pobres mujeres de antes: tan hermosas, tan tiernas, tan dulces, cuyos brazos se han abierto para acariciar, y que han muerto! ¡El beso es inmortal! Va de labio en labio, de siglo en siglo, de época en época. Los hombres lo recogen, lo devuelven y mueren.

"El pasado me atrae; el presente me asusta, porque el porvenir es la muerte. Siento todo lo que se ha hecho, lloro por todos los que han sentido, quisiera detener el tiempo, detener las horas. Pero corren, corren, pasan, me quitan de segundo en segundo un poco de mi ser para la nada de mañana. Y no reviviré nunca.

"Adiós, mujeres de ayer. Las amo. Pero no merezco compasión. Encontré a la que esperaba, y por ella he disfrutado placeres increíbles.

"Rodaba yo por París una mañana de sol, el alma contenta, el pie ligero, mirando los escaparates de las tiendas con el vago interés del transeúnte. De pronto, vi en casa de un anticuario un mueble italiano del siglo XVII. Era muy bonito, muy original. Se lo atribuí a un artista veneciano llamado Vitelli, muy famoso en aquella época.

"Luego pasé de largo.

"¿Por qué el recuerdo de aquel mueble me perseguía con tanta fuerza que me hizo volver atrás? Me detuve de nuevo ante la tienda para volver a verlo, y sentí que me tentaba.



¡Qué cosa más singular es la tentación!

"Se mira un objeto, y poco a poco nos seduce, nos perturba, nos invade como lo haría un rostro de mujer. Su encanto penetra en nosotros, ese extraño encanto que proviene de su forma, de su color, de su fisonomía propia, y se le ama, se le desea, se le quiere. La necesidad de poseerlo se apodera de nosotros; necesidad dulce primero, algo tímida, pero que aumenta, haciéndose al fin devastadora, irresistible.

"Y los comerciantes parecen adivinar en el fuego de la mirada este deseo secreto y creciente.

"Compré aquel mueble y mandé llevarlo a mi casa en seguida.

"Lo coloqué en mi cuarto.

¡Oh! ¡Cuánto compadezco a los que no conocen esa luna de miel del aficionado con el objeto que acaba de comprar! Se le acaricia con la mirada y con la mano, como si fuera de carne; a cada instante se vuelve a su lado, se piensa en él continuamente, en todas partes, hágase lo que se haga. Su recuerdo querido nos persigue en la calle, en el mundo, constantemente, y al volver a casa, antes de habernos quitado los guantes y el sombrero, lo contemplamos con ternura de enamorado.

"Verdaderamente, durante unos días adoré aquel mueble, abría a cada instante sus puertecitas y sus cajones, lo manejaba



con arrobamiento, saboreando todos los placeres íntimos de la posesión.

"Una noche me enteré, tentando el grueso de un tablero, que debía haber allí un escondite. El corazón me latió con violencia y pasé algunas horas buscando el secreto sin poder descubrirlo.

"Lo conseguí al día siguiente, introduciendo una hoja de metal en una hendidura de la madera. Se descorrió una tablita y descubrí, extendida sobre un fondo de terciopelo negro, una hermosa cabellera de mujer.

"Sí; una cabellera, una enorme trenza de cabellos rubios, casi rojos, que estaban cortados al rape y atados con un cordoncito de oro.

"Permanecí estupefacto, temblando, asustado. Un perfume casi imperceptible, tan antiguo que parecía el alma de un olor, esparciase de aquel cajón misterioso, de aquella sorprendente reliquia.

"Cogiéndola con suavidad, casi religiosamente, la saqué de su escondite. En seguida se desató, esparciendo por el suelo un raudal dorado, espeso y ligero, flexible y brillante como la cola de fuego de un cometa.

"Apoderóse de mí una emoción extraña; ¿qué significaba aquello? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué aquellos cabellos habían



sido encerrados en aquel mueble? ¿Qué aventura, qué drama ocultaba ese recuerdo?

"¿Quién los había cortado? ¿Un amante en día de despedida? ¿Un marido en día de venganza, o bien la misma que los había llevado sobre la frente, un día de desesperación?

"¿Habría sido al momento de entrar en el claustro cuando habían arrojado allí aquella fortuna de amor, como dejando una prenda al mundo de los vivos? ¿Sería al meter en la tumba a la joven y hermosa muerta cuando el hombre que la adoraba guardó aquel adorno de su cabeza, la única cosa que de ella podía conservar, la única parte de su cuerpo que no se habría de pudrir, la única que podía amar, acariciar y besar en los momentos de desesperación y de dolor?

"¿No es una cosa muy extraña que aquella cabellera se conservase como viva, cuando ya no quedaba ni una molécula del cuerpo donde había nacido?

"Se me escurría por los dedos, haciéndome en la piel una caricia singular, enterneciéndome, dándome deseos de llorar.

"La tuve mucho tiempo, mucho tiempo en mis manos; luego me pareció que me agitaba, como si algo del alma hubiera permanecido oculto en ella. Y dejándola sobre el terciopelo, descolorido por el tiempo, cerré el cajón y el mueble, y me marché a la calle para reflexionar.



"Avanzaba derechamente, invadido por la tristeza, lleno de turbación, de esa turbación que queda en el corazón después de un beso de amor; me parecía que viví en otros tiempos, que sin duda conocí a aquella mujer.

"Y los versos de Villon me vinieron a los labios como un sollozo:

*Decidme en dónde,
en qué país está Flora,
la hermosa romana;
Archipiade o bien Taís
que fue su prima hermana.
Eco que hablas cuando hay ruido,
sobre los ríos y los estanques,
¿no tuviste una belleza sobrehumana?
¿Dónde están hoy las nieves de antaño?*

*La reina blanca como un lirio
que cantaba con voz de sirena,
Berta Pie grande,
Beatriz, Alicia,
Aremburgis que dominó en Maine
y Juana, la de Lorena,
que los ingleses quemaron en Ruán;
¿dónde están hoy, Virgen soberana?
¿Dónde están hoy las nieves de antaño?*

"Cuando entré en mi casa, experimenté un deseo irresistible de volver a ver mi hallazgo, y al coger la cabellera, sentí que toda mi carne se estremecía.



"Durante varios días viví como de costumbre, aun cuando la preocupación de la cabellera no me abandonaba.

"Al volver tenía que verla, que tocarla. Daba vuelta a la llave del armario con ese estremecimiento con que se abre la puerta que nos separa de la mujer amada, pues tenía en las manos y en el corazón una necesidad confusa, singular, continua y sensual de hundir los dedos en aquel arroyo encantador de cabellos muertos.

"Luego, cuando habiendo dejado de acariciarla cerraba el mueble, la sentía siempre, como si hubiera sido un ser viviente, escondido, preso; la deseaba aún. Sentía de nuevo la necesidad imperiosa de cogerla, tentarla, excitarme hasta sentir malestar por aquel contacto frío, irritante, enloquecedor y delicioso.

"Viví así un mes o dos, no lo sé. Me obsesionaba, me perseguía.

"Era feliz y padecía como en un ansia de amor, como después de las confidencias que preceden a la posesión.

"Me encerraba solo con ella, para sentirla sobre mi piel, para hundir mis labios en ella, para besarla, para morderla. Cubría con ella mi rostro, como si quisiera beberla, sumergiéndome en ella mis ojos, como en una onda dorada, para verlo todo rubio, a través suyo.



"La amaba. Sí, la amaba. No podía vivir sin ella, ni pasarme una hora sin verla.

"Y esperaba... esperaba... ¿Qué? No lo sabía. ¡*La esperaba!*

"Una noche me desperté bruscamente con la idea de que no estaba solo en mi cuarto.

"Sin embargo, lo estaba; pero no pude volver a dormirme y, agitado por un febril insomnio, me levanté para tocar la cabellera. Me pareció más suave que de costumbre, más animada. ¿Vuelven los muertos? Los besos con que la calentaba me hacían desfallecer de felicidad. Y llevándola a mi cuarto me acosté, estrechándola contra mis labios como a una adorada a quien se va a poseer.

"Los muertos vuelven y *ella* ha vuelto. Sí, la he visto, la he tenido entre mis brazos, la he poseído conforme era en vida: alta, rubia, gruesa, el pecho frío, las caderas en forma de lira; y he recorrido con mis caricias aquella línea ondulada y divina que va de la garganta a los pies, siguiendo todas las curvas de la carne.

"Sí; ha sido mía todos los días, todas las noches. Ha vuelto la muerta, la bella muerta. La adorable, la misteriosa, la desconocida, todas las noches.

"Mi dicha fue tan grande que no he podido ocultarla. Experimentaba a su lado un encantamiento sobrehumano, la



alegría profunda inexplicada de poseer a la inasequible, la invisible, la muerta. ¡Ningún amante saboreó goces más ardientes, más terribles!

"No he sabido ocultar mi felicidad. La amaba tanto, que no quise dejarla nunca.

"La he llevado conmigo siempre. La he paseado por la ciudad como a mi mujer y la he conducido al teatro, a palcos ocultos, como a mi amada... Pero la han visto... La han adivinado... Me la han quitado... Me han metido en una cárcel como a un malhechor... ¡Oh, miseria!... ¡Me la han robado!"

El manuscrito no decía más, y, de pronto, al dirigir hacia el doctor mis ojos asustados, un grito espantoso, un alarido de furor impotente y de deseo exasperado se esparció por el asilo.

—Escuche usted —dijo el doctor—. Hay que dar una ducha cinco veces al día a ese loco obcecado. Sólo el sargento Bertrand amó, como él, a los muertos.

Yo balbucí conmovido de horror, de extrañeza y de piedad.

—Pero... y esa cabellera... ¿existe? El doctor, levantándose, abrió un armario lleno de botellitas e instrumentos, del cual sacó una enorme profusión de cabellos rubios que volaron hacia mí como un pájaro de oro.



Me estremecí al sentir en mis manos su tacto acariciador, grácil, y el corazón me latía de repugnancia y de deseo; de repugnancia, como al contacto de los objetos arrastrados en los crímenes; de deseo, como ante la tentación de una cosa infame y misteriosa.

El doctor repuso, encogiéndose de hombros:

—La imaginación del hombre es capaz de todo.

